

El Dependiente de Comercio

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD DE DEPENDIENTES DEL
COMERCIO, INDUSTRIA Y BANCA DE CARTAGENA

No se devuelven los originales ni sobre ellos se entablará discusión ni correspondencia, publicándose solamente aquellos que firmados por sus autores sean aprobados por la Dirección; pero siempre bajo la responsabilidad absoluta de los firmantes.

Redacción y Administración: Domicilio de la Sociedad: Calle Intendencia, núm. 2.

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN

PRESIDENTE: DON MANUEL LAGUNA DEL FRESNO.
SECRETARIO: ANTONIO MIRALLES LÓPEZ
TESORERO: ANTONIO MECHA.

VOCALES

DON MIGUEL MARÍN, DON CÉSAR NAVARRO, DON ANTONIO GARCÍA MOÑINO, DON MANUEL TENDERO.

Director: JULIO MARTÍNEZ MULERO

Redactor Jefe: JOSÉ GUILLÉN MELENDO

SUMARIO

Aspectos: Virtudes excelsas, por Alfonso Martínez.—Para mujeres, por Consuelo S. Soriano.—Cuestiones sociológicas: Cómo nace una ciencia, por Pedro Bernal.—Temas transcendentales: Evoluciones, por Rafael Peragón.—Latigazos, por Folanso.—Páginas de álbum: ¡Bésame, Amado!... Manos de Princesa, por Carmen Conde Abellán.—Paisajes..., por Diego Sánchez (Ravengar).—Versos inéditos: Visión romántica, por Zamerit.—María Gil.—Los tenderos de antaño, por Federico Casal, (Cronista de Cartagena).—Instrucción, por Juan de Castilla.—De la Escena, por Traspunte.—Federación.—¡Dependientes!—Socorros Mutuos (cuentas).—¡Dependientes de Comercio!

ASPECTOS

V

Virtudes excelsas

La fraternidad, la abnegación y el compañerismo, son virtudes excelsas que estimamos necesarias en todos los aspectos de la vida, tanto en lo que respecta a los hombres, como en lo que es atañadero a los pueblos.

Reciente, vivo aún, está el caso de la catástrofe ocurrida en Cuba y que tan hondamente ha herido el corazón de la madre España. No hace falta ser sagaz, para comprender que ha sido la fraternidad, el amor de pueblo a pueblo, quien ha obrado el milagro de que tan pronto como sonaron las campanas de la torre más alta,—la prensa,—a que aludía en «La Voz», en brillantísima crónica, el ilustre Hernández Catá, háyanse estremecido los corazones españoles, y con premura, con toda la premura que el caso requería, con el aceleramiento, con la prisa propia que debe existir cuando de mitigar el dolor de unos hermanos se trata, se hayan apresurado a ofrecer aquéllos su arte y éstos su dinero, para entre todos, restañar la herida que la Naturaleza en uno de sus paroxismos de cólera ha producido en el pueblo hermano.

Cuando la vieja madre España, que sin hacer como Fausto va tomando bríos de juventud y tornando a pasados esplendores, ha sido herida por la garra implacable del Destino; por fraternidad también, ha encontrado en sus hijas de América jirones de piedad infinita, chales de amor tejidos con los valiosos hilos del cariño racial, bajo los cuales tuvieron amparo todos los dolores... Por fraternidad, por amor de hermano de la Humanidad, surgió el maravilloso gesto

de Wilson; por fraternidad, en fin, exclamaba un insigne político británico en un gran comicio neoyorquino: «No soy el amigo del obrero; soy el amigo de todos los hombres»...

Gracias a la abnegación y a la fraternidad, tienen lugar esos gestos de altísima caridad, de hondo amor sublime, casi divino, en que un hombre sano da sangre buena para que otro hombre enfermo adquiera vitalidad y fortaleza. En la memoria y más aún que en la memoria en el corazón, tenemos apuntados tres casos recientes de transfusión muy difíciles de olvidar.

En uno de ellos, el que ofreció su sangre moza para salvar a un semejante fué un moro al servicio de España en la Policía Indígena o en Regulares,—no recordamos dónde con justeza,—que al saber que un oficial español necesitaba savia vital, ofreció la suya, y aceptada que fué, la entregó generoso. En el otro, fué un médico. Asistía a un enfermo; y un día, le dijo su ciencia que aquel aquejado no podría salvarse como no fuera dándole sangre buena. Y entonces, éste apóstol de la Medicina, miró en torno del enfermo, y viendo que todos sus familiares eran anémicos y raquíticos, dió su sangre para que el enfermo sanase... Y el último de estos tres casos, ha sido el llevado a cabo por ese practicante cuya abnegación quieren sus compañeros premiar con un homenaje, y él modestísimo lo rechaza diciendo «que no ha hecho nada extraordinario»...

Por abnegación, por sublime abnegación, digna de aquél que llamaba «hermano» al lobo y «hermana» a la piedra, existen esos ángeles de amor conocidos por el nombre de Hermanas de la Caridad prontas a ofrecer las mariposas de sus manos para que se posen sobre todo dolor; por abnegación y nada más que por abnegación, es tan numeroso ya el martirologio de la ciencia, martirologio integrado por esa Cruzada de Caballeros del Bien que mueren trágicamente entre las retortas de un Laboratorio buscando un nuevo remedio para la Humanidad que sufre; por abnegación, por ingente abnegación, que nos hace pensar por qué será más digno de loa, si como abnegado o como sabio, llegó a la cumbre más alta de la Histología mundial nuestro glorioso Cajal que tantas y tantas espinas encontró en el camino de su vida; por abnegación, se casos como el de ese apóstol de la Pedagogía, -

